



HUEVOS DE CAMELLO, COVID Y ESPELTA

El kiwi apareció en mi vida en el año 1985. Fue en un restaurante al que fui a cenar con una amiga que poco después fue mi novia. Allí, en una vitrina frigorífica, aguardaba mi primer kiwi. Al pasar por delante de la barra me atrajeron el color verde fluorescente y el aspecto caleidoscópico de sus rodajas presentadas sobre un plato blanco. Me lo pedí de postre y también me gustó su sabor. Durante años aquel fue mi único kiwi, porque en mi familia, como en muchas otras, tardó en dejar de ser considerado una fruta extraña y cara. Pero, poco a poco, los kiwis fueron invadiendo los supermercados y pasaron a ser habituales en los frutereros de nuestras mesas. También en la de mi madre que, por su aspecto externo, los llamaba “huevos de camello”.

Con la espelta ha ocurrido algo parecido. Al principio escuché nombrarla de forma esporádica en algún programa de radio y, después de un tiempo, acabó hablando de ella todo el mundo. Así que era el momento de ir a buscarla en los supermercados y en la Wikipedia. Según parece, a pesar de ser más antiguo, no ha sufrido tantas modificaciones genéticas como otros cereales que han sido manipulados con fines productivos y, gracias a ello, ha mantenido muchas de sus características originales que le proporcionan propiedades muy nobles.

La COVID-19, sin embargo, nos sorprendió hace año y medio extendiéndose por el mundo a velocidad de vértigo y con efectos devastadores. Es la diferencia entre la introducción de un producto de mercado y la propagación de un virus pandémico. La necesidad de adaptar las conductas para proteger y protegernos responsablemente de esta enfermedad ha generado múltiples incomodidades en la población y, en según qué contextos, ha obligado a transformar o descartar algunas prácticas, cuando no a la suspensión de la actividad productiva y profesional. Las entidades de Iniciativa Social no hemos sido ajenas a esta situación.

En La Huertecica, destinatarios, profesionales y voluntariado modificaron sus dinámicas habituales adaptándolas, con rigor, como no podía ser de otro modo en una asociación declarada de Utilidad Pública, a las medidas establecidas en cada momento por las autoridades. Aún hoy, esta circunstancia sigue dificultando el desarrollo de los distintos proyectos, condicionando el trabajo en los diferentes recursos y los procesos terapéuticos individuales. No olvidemos que, en su filosofía y en su práctica, nuestros programas de formación y tratamiento hacen una apuesta preferente por el trabajo en equipo, y reconocen la cercanía interpersonal, la empatía y el vínculo afectivo como herramientas terapéuticas poderosas.

En lo meramente organizativo, han tenido que suspenderse algunos de nuestros espacios habituales de reunión, especialmente aquellos que constituyen el engranaje de la dimensión asociativa del Colectivo que, en su esencia, se define como asambleario. Uno de estos espacios, la Comisión de Acción Social, que solo había podido mantener un novedoso encuentro telemático desde febrero de 2020, ha recuperado esta pasada semana sus reuniones presenciales con la intención y el deseo de poder seguir celebrándolas cada dos meses, que es lo habitual en circunstancias normales.

Fue un momento emotivo y divertido que nos sirvió para revisar lo vivido, lo realizado y lo proyectado durante este periodo, a lo largo del cual la imposibilidad de encontrarnos no se ha traducido en falta de actividad: la Comisión Deportiva compartió su valoración de la VIII Milla Solidaria que pasará a la historia como la del año de la pandemia y que, en un derroche de ingenio y creatividad, se celebró de forma virtual a través de las redes sociales; la Comisión de Reflexión recibió algunas propuestas interesantes, como la de diseñar encuentros en los que todas las personas que integran La Huertecica podamos debatir en torno a temas controvertidos relacionados con los ámbitos de actuación de nuestra Asociación; la comisión de la Peña Lotera y Solidaria *La Shuertecica* recibió el reconocimiento por los once años ininterrumpidos que lleva proporcionando ingresos propios para el Colectivo; la Comisión Cultural anunció la puesta en marcha de una nueva edición de *Veladas con arte*, ciclo de microconciertos de carácter interno con el objetivo prioritario de acercar el arte y la cultura a las personas destinatarias de nuestros programas.

Esta Asamblea permitió a algunas de las personas asistentes conocer a las últimas incorporaciones que han empezado a trabajar durante la pandemia en La Huertecica y con las que, hasta ahora, a causa de las medidas restrictivas, no habíamos podido coincidir.

Y disfrutamos del reencontrarnos con Manuel Abellán, que se jubiló en febrero, en mitad de las restricciones, lo que obligó también a posponer su merecida despedida. Todo se andará... Resultó curioso, valioso y, yo diría, histórico que, tras haber participado en la gestación de La Huertecica, tras haber sido uno de sus presidentes y, más tarde, un profesional dedicado en todo momento a tareas de gestión de la entidad se nos presentara ahora como voluntario. Un voluntario que, igual que la espelta, conserva desde antiguo las bondades que le otorgan el no haber sido manipulado a lo largo del tiempo y mantiene muchas de sus muy nobles características originales.

Salvador Giménez-Balaguer Garcerán

12 de mayo de 2021